

LA GLOBALIZACIÓN, LAS NUEVAS IDENTIDADES Y LAS DIMENSIONES DE LO “TRADICIONAL” Y LO “MODERNO”, EN EL PENSAMIENTO SOCIOLÓGICO

Gina Zabludovsky

...todo lo que creía muerto estaba vivo: han regresado las tribus con sus ídolos, los nacionalismos y las religiones, a llenar los grandes vacíos dejados por las ideologías en pugna durante la guerra fría.

Carlos Fuentes, 1992

Resumen

Uno de los retos más importantes que enfrenta la sociología en la actualidad es la de evaluar sus alcances a la luz de los acelerados cambios que caracterizan nuestra época. En el presente artículo se reflexionará en torno a los retos que se le presentan a la disciplina frente a fenómenos como la globalización, el surgimiento de nuevos nacionalismos, el pluriculturalismo, las búsquedas identitarias, la declinación del Estado -nación y las nuevas expresiones democráticas. Asimismo, el artículo analiza las relaciones entre “el tiempo” y “el espacio” en la sociedad actual, y la forma en que las nuevas circunstancias afectan las concepciones en torno a la “tradición” y la “modernidad”, que han sido el sustento del pensamiento sociológico. Por último, el texto apunta algunas consecuencias de los actos terroristas de septiembre del 2001 sobre la confianza en los “sistemas de expertos” y la consecuente crisis de la “modernidad reflexiva”

Abstract

One of the most important challenges sociology must meet today is that of evaluating its scope in view of the accelerated pace of change that characterizes our era. This article reflects on the challenges the discipline faces with respect to such phenomena as globalization, the rise of new nationalisms and pluriculturalism, the search for identity,

the decline of nation-states and the new democratic expressions that have arisen. Furthermore, it analyzes "space-time" relationships in current society and how these new circumstances affect the concepts of "tradition" and "modernity" that, up to now, have been the sustenance of sociological thought. Finally, in light of the terrorist acts of September 2001, some consequences of relying on "expert systems" are considered, as well as the resulting crisis of "reflexive modernization."

Descriptores: Teoría, Globalización, Estado-nación, Identidades, Tradición, Modernidad, Sociología, Cambio social.

La globalización y las nuevas identidades

El presente artículo considera que tal como lo han mostrado las transformaciones recientes de nuestra vida social, el proceso de globalización se asocia de forma casi inevitable a una tendencia aparentemente contradictoria que produce una diversificación cada vez más acentuada de ciertos aspectos de la vida social. (Mlinar, 1992)

En el mundo actual, las distintas actividades de las personas están cada vez más determinadas por hechos remotos, existe una extraordinaria y acelerada conexión entre las decisiones de todos los días y los procesos globales, y también una creciente influencia de la globalización en la vida individual. En lo que algunos autores han definido como la "sociedad de riesgo" (Beck, 1994), la globalidad no sólo afecta lo local sino todo el trasfondo de nuestra "intimidad". (Giddens, 1994, pp. 59-60)

Los cambios en las acciones individuales y grupales desde una orientación eminentemente nacional a una de carácter transnacional, son parte de la misma dinámica que lleva a la proliferación de luchas étnicas y reivindicaciones regionales al interior del Estado. Esta concepción contrasta así con aquel tipo de interpretaciones que consideran a la globalización dentro de una concepción un tanto mecánica con fuertes dosis de un sentimiento milenario vinculado con el fin de la identidad territorial. (Poche, 1992).

De hecho los distintos nacionalismos locales que se han despertado en varias regiones del mundo, como en Europa y América Latina, no pueden explicarse sino a la luz del proceso de globalización que responde a lo que algunos autores han caracterizado como una etapa de "modernidad radicalizada" (Giddens, 1990) Desde esta línea de interpretación se ha criticado la pretendida posmodernización a la que con

frecuencia se asocian estas manifestaciones, argumentando que, aunque paradójicamente parezcan tener un carácter meramente local, en realidad son facetas del propio proceso de globalización y producto de la “modernidad radicalizada” de la sociedad contemporánea.

Desde esta perspectiva, dichos movimientos no se explicarían si no es por la rapidez con la cual nos enteramos de sucesos que tienen lugar en partes distantes de nuestro planeta, por la proximidad de otras culturas, por la multiplicidad de estilos en el vestir y de opciones estéticas a las que tenemos acceso y que, sin embargo, no se viven como parte de una modernidad sino como una acumulación fragmentaria de intereses sin relación alguna (Albrow, 1992, p. 10; Giddens, 1990, p. 64-65; Zabludovsky, 1992, p. 34).

La integración económica y política, el desarrollo de relaciones sociales transnacionales y la comunicación masiva mundial, son factores que han vulnerado o transformado las identificaciones nacionalistas vinculadas con el Estado-nación, dando lugar a diversas modalidades para la expresión de identidades particulares por parte de grupos étnicos, lingüísticos, regionales o religiosos. (Larochelle, 1992; Mlinar, 1992; Strassoldo, 1992; Williams, 1992; Teune, 1992).

En nuestra sociedad contemporánea, hemos visto como el mundo presenta importantes transformaciones en lo referente a las lealtades y las adscripciones a través de las cuales los grupos sociales se identifican y son reconocidos (Valenzuela, 1993, p. 109). La ciencia social se enfrenta así a grandes retos para poder estudiar la conformación de nuevas lealtades en relación con las previamente existentes y se tienen que encontrar respuestas para inquietudes de diversa índole: ¿Cómo lograr estudiar los cambios en las lealtades que se producen a partir de los procesos paralelos de integración y fragmentación social y política?, ¿Cuáles son los vínculos entre los procesos materiales y funcionales de la globalización y los marcos interpretativos mediante los cuales estos son apropiados por los individuos?, ¿Cuáles son las relaciones entre la identificación política y las variables económicas?, etc. (Poche, 1992; Mlinar, 1992; Teune, 1992).

La formulación de estas preguntas conlleva serias transformaciones en el quehacer de las ciencias sociales. Los sociólogos que alguna vez se limitaron al estudio de la ciudad, de las áreas rurales, de las comunidades locales, etcétera, encuentran que éstas ya no pueden ser entendidas sin tomar en cuenta las influencias mundiales de diversa índole.

En el caso de una de las áreas más importantes de la sociología, como la estratificación social, es imposible ahora abordar las diferencias económicas, políticas y de prestigio entre los distintos grupos sociales, sin tomar en cuenta el marco mundial. La determinación de los “estratos sociales” debe incluir la identificación de la posición relativa en el carácter de la geografía económica y de la política internacional. (Luard, 1992; Zabludovsky 1993).

Otros puntos de partida de estas teorías también deben ser reconsiderados a la luz de la reconstrucción y naturaleza de las identidades territoriales (Baumersteir, 1986; Mlinar, 1992): ¿Hasta dónde puede ser considerada la propia identidad como un elemento del llamado “*status* de adscripción” y hasta dónde es un “*status* obtenido”? Mientras en el pasado las identidades territoriales se consideraban predeterminadas, estables y “pasivas”, en el presente éstas parecen estar crecientemente conformadas por actores individuales y colectivos.

El siglo XX ha sido testigo de cómo, de manera gradual, muchos grupos y personas han dejado de sentir que sus identidades y sus vidas están determinadas esencialmente por su lugar de nacimiento, su ascendencia familiar y su “residencia permanente”. En una época caracterizada por grandes corrientes migratorias, en la cual los lugares de residencia pueden ser producto de una decisión libre o bien de una inmigración forzosa, el individuo considera estos lugares siempre en comparación con otras opciones (Mlinar, 1992, p. 11).

El proceso de erosión de ciertas identidades regionales y étnicas se produce paralelamente con una identificación de los movimientos regionales de otro tipo. Al respecto, algunos autores han señalado la necesidad de diferenciar entre el “viejo” y el “nuevo” localismo. El primero está históricamente determinado, es de carácter irreflexivo y consecuentemente puede ser considerado como “necesario y natural”; el segundo, en cambio, es a menudo el resultado de una elección conciente y consecuentemente es de carácter voluntario e intencional. Mientras el “viejo localismo” es excluyente pues considera que el estrechamiento y el fortalecimiento de los vínculos internos se logra a costa del aislamiento del mundo exterior, el “nuevo localismo” no puede concebirse sin los contactos y enlaces supranacionales que a menudo establece de manera selectiva. (Mlinar, 1992; Strassoldo, 1992; Teune, 1992; Williams, 1992).

Desde esta perspectiva, a continuación se desarrollan algunas líneas

de interpretación vinculadas con la concepción de identidad, globalidad y nacionalismos en las nuevas condiciones mundiales.

Modernidad, internacionalización, declinación del Estado - Nación y “reethnización”: los retos de las ciencias sociales frente a la democracia y la multiculturalidad

La articulación de las identidades nacionales en relación con la constitución del Estado Nación, es una de las características que definen la modernidad política, que a su vez ha generado procesos histórico, tecnológicos, económicos y sociales en los cuales esta identidad nacional se disuelve o se transforma. (García Canclini, 1993, p. 257).

Como señala Néstor García Canclini, durante mucho tiempo los movimientos étnicos y regionales parecieron quedar subsumidos en el “envoltorio” de las culturas nacionales.¹

Sin embargo, y como ya se ha mencionado, actualmente en la redefinición de las identidades adquieren una gran importancia los procesos de transnacionalización que han relativizado los ámbitos nacionales como condicionantes básicos de la identidad. En el terreno económico, la nueva división internacional del trabajo, los intercambios de bienes de consumo y de recursos financieros y la subordinación de intereses nacionales a perfiles regionales, han tenido un peso creciente en la redefinición de las identidades y de las consecuentes formas de solidaridad. Paralelamente nos encontramos ante otros fenómenos de globalización como son los movimientos masivos de migrantes, turistas, exiliados y trabajadores extranjeros temporales. Además, el impacto de la revolución tecnológica en los transportes y los procesos acelerados de comunicación y de intercambio de conocimientos, ha llevado a que las mayoría de los bienes y mensajes que se reciben en los distintos países sean generados fuera de su territorio o bien dentro del mismo pero por empresas, individuos o instituciones que ajustan una

¹ El pensamiento social de América Latina ha mostrado la prevalencia de esta concepción a través de algunos de nuestros pensadores más importantes como Mariátegui, Arguedas, Octavio Paz y Leopoldo Zea, que han vinculado a sus preocupaciones principales la reflexión sobre lo nacional, la inquietud sobre la posibilidad de ser modernos se asocia a las posibilidades de constituir una nación coherente (García Canclini, 1993, p. 258).

gran parte de sus contenidos y producción a estándares globales. (García Canclini, 1993, pp 258-259; Giménez, 1993).

Las realidades anteriormente mencionadas evidencian un proceso de *transculturación* que es característico tanto de los países periféricos como de las grandes metrópolis (como Nueva York o Los Ángeles) La modificación de las relaciones entre nacionalismo y transculturación han mostrado como –lejos de lo que presuponían las ciencias sociales en un momento dado– la modernización no va acompañada necesariamente de homogeneidad y coherencias nacionales ni en la práctica ni en las expectativas colectivas. (García Canclini, 1993, p. 261)

A principios de los noventa algunos autores como E. Hobsbawm señalaron que en la medida en que la “nación” ha sido despojada de una parte importante de sus antiguas funciones y puesto que el “nacionalismo” y las “naciones” no constituyen vectores importantes del desarrollo histórico y no son funcionales ni “operacionales” para la economía en el siglo XXI, veremos la declinación del Estado-nación y la conformación de una “historia mundial” que será predominantemente supranacional e infranacional. (Hobsbawm, 1990, 236, citado por Giménez, 1993, pp. 26-27).

Se podría considerar que en cierta medida la globalización ha engendrado en todas partes y a escala mundial un antídoto y un anticuerpo que se expresa como una tendencia a la “*retribalización*” (Maffesoli, 1988) o a la “re-etnización”, ya que una gran parte de los nacionalismos se presentan con una creciente conciencia étnica y política en forma de “nacionalismos étnicos”. Así, algunos autores afirman que, de forma paralela a las complejas crisis que se han producido en el mundo a partir de 1989, tenemos una tendencia internacional hacia una re-etnización de la política interior y exterior (Dubiel, 2000, p. 92; Giménez, 1993, p. 27; Salazar Sotelo, 1993, p. 47).

Sin embargo otros autores como Stavenhagen nos alertan contra el uso excesivo que se ha dado a la connotación y nos recuerda que las identidades étnicas se componen tanto de atributos objetivos como de creencias y sentimientos subjetivos, el autor considera que un conflicto étnico se puede definir “como la confrontación social y política prolongada entre contendientes que se definen a sí mismos y a los demás en términos étnicos: es decir, cuando algunos criterios como la religión, la raza, el idioma y otras formas de identidad cultural se utilizan para distinguir a los contrincantes” (Stavenhagen, 2001, p. 4).

Las identidades étnicas suelen competir con la identidad “nacional”

por la lealtad y el compromiso de los pueblos, lo que las puede convertir en uno de los principales problemas en los diferentes lugares donde se presentan los conflictos (Stavenhagen, 2001, p. 10).

En el México de los últimos años hemos visto cómo el cuestionamiento del proyecto de nación y de identidad colectiva basado en una supuesta homogeneidad étnica y cultural con la consecuente estandarización de los hábitos simbólicos, ha sido fuertemente cuestionada por la reemergencia de las luchas y reivindicaciones indígenas y otros movimientos sociales. (Salazar Sotelo, 1993, p. 52).

En la medida en que algunos de estos movimientos están vinculados a un territorio se podría afirmar, como lo señala Néstor García Canclini, que se trata de movimientos de *reterritorialización* y *transterritorialización*. El primero tiene sus bases en los elementos, raciales, lingüísticos, religiosos y biológicos de las nacionalidades o etnias. De hecho, "las identidades nacionales se configuraron históricamente en relación con los territorios. Una población que tradicionalmente ocupaba cierto espacio compartía costumbres, intercambios, ritos, sistema político, sistema educativo, etcétera". Sin embargo, si bien es cierto que en algunos aspectos y regiones estos elementos de la identidad se han intensificado, no hay que perder de vista que esto ocurre paralelamente a la creciente importancia de los movimientos transterritoriales y a la consecuente disminución de la importancia del vínculo entre los conjuntos nacionales y los territorios. (García Canclini, 1993, p. 261).

Así, la *reterritorialización* responde al "sofocamiento que los Estados-nación han ejercido durante el último siglo sobre ciertas regiones o etnias, y también tiene mucho de reacción ilusoria, compensatoria, ante el desigual acceso que a estos pueblos les permite la modernización" (García Canclini, p. 261-263).

En los últimos años hemos visto así cómo las sociedades y las democracias modernas se asocian cada vez más a la multiculturalidad. Cada vez es más evidente cómo pese a la importancia de las empresas modernizadoras y homogeneizadoras, las grandes naciones están constituidas por múltiples culturas que no se han disuelto (García Canclini, 1993, p. 262).²

² Esta multiculturalidad, no sólo se refiere a la multiétnicidad, sino a diversas formas de segmentación entre ricos y pobres, entre educados y analfabetos, entre informados y entretenidos ya que el acceso a los bienes ofrecidos en la globalización es muy desigual. (García Canclini, 1993, 262-263).

Este proceso al que también se le ha denominado como se manifiesta de forma cada vez más importante a partir de 1989 y tiene características positivas y negativas, ya que podemos observar cómo en algunos países se ha despertado un nuevo etnocentrismo. Frente a la creciente importancia de los movimientos migratorios, han surgido y/o se han consolidado fuertes tendencias xenofóbicas que representan una vertiente de las tradiciones capaz de derivar hacia formas irracionales de *fundamentalismo*. (Dubiel, 2000, p. 92; Giddens, 1994, p. 100). En las sociedades contemporáneas hemos observado la simultaneidad de un chauvinismo y un neotradicionalismo religioso que actúa a escala mundial.³ Las tendencias xenofóbicas de muchas sociedades han empezado a salir de su latencia histórica.

A partir de estas tendencias, a continuación plantearemos su vinculación con un punto fundamental que ha sido el sustento de la sociología de nuestro siglo y que en gran medida se ha “erguido” en una supuesta oposición entre lo “tradicional” y lo “moderno”. Las condiciones actuales llevan a cuestionar este binomio que ha formado parte insoslayable de la tradición sociológica clásica y contemporánea. Como señala A. Giddens (1994), la nueva agenda de las ciencias sociales tiene que ver con estos dominios interconectados de transformación.

El cuestionamiento de la oposición entre lo tradicional y lo moderno: las nuevas relaciones entre el tiempo y el espacio en las sociedades tradicionales y modernas

Giddens señala que tanto la tradición como la globalización tienen que ver con la organización del tiempo y del espacio y debido a esto se puede afirmar que una va contra la otra. Mientras que la tradición privilegia y controla el espacio a través de su control del tiempo, con la globalización ocurre lo contrario. En la medida en que ésta última se yergue sobre “acciones a distancia”, predomina la ausencia sobre la presencia, a través de la reestructuración del espacio y no en la sedimentación del tiempo. (Giddens, 1994, p. 80, 96-97).

³ Como señala Dubiel, este chauvinismo y neotradicionalismo son al mismo tiempo una aceleración inacabada de la modernización capitalista y técnica. El lamento de Horkheimer sobre la disolución entre la modernidad, por un lado, y el racionalismo por otro, continúa siendo actual. (Dubiel, 2000, p. 47).

En términos generales se ha asumido que la modernidad destruye la tradición o que las sociedades pasan de “sociedades tradicionales” a modernas. Sin embargo, en la actualidad nos damos cuenta de que la *colaboración entre la modernidad y la tradición* fue crucial para las primeras fases del desarrollo social, para el periodo en el cual el riesgo se calculaba en relación con las influencias externas. Esta fase terminó con la emergencia de la modernidad radicalizada o lo que Beck (1994) y Giddens llaman modernización reflexiva. A partir de ésta, la tradición adquiere un carácter diferente. Aún las más avanzadas de las civilizaciones premodernas permanecieron tradicionales. (Giddens, 1994, p. 91-92).

En la actualidad se ha hecho evidente que cada vez hay menos tradiciones que puedan mantenerse autónomas y totalmente ajenas al desarrollo de la modernidad. Éstas, a su vez, no pueden concebirse más como un proceso de sustitución de tradiciones sino más bien de reorganización de movimientos históricos de larga duración. (García Canclini, 1993, p. 263).

De hecho, la relación entre tradición y modernidad presenta una gran flexibilidad y puede resolverse de distintas maneras.

Al respecto, Giddens nos recuerda que la tradición se ha vinculado a una confianza depositada en la familiaridad y lo ritual, la solidaridad social y una visión más orientada hacia el pasado que hacia el presente. Sin embargo, señala el autor, la tradición también tiene que ver con el futuro, puesto que las prácticas establecidas se utilizan para el ordenamiento del porvenir. (Giddens, 1994, p. 62).

Pese a esto, hay algo en la noción de tradición que la presupone como una práctica que se resiste al cambio (Shils, 1981). Giddens señala que las tradiciones se vinculan a la memoria y especialmente a la memoria colectiva, y tienen que ver con los rituales, las costumbres y la existencia de un sistema de “guardianes”, que cuidan sus contenidos morales y emocionales. Como la tradición, la memoria implica cierta organización del pasado en relación con el presente y se identifica con un proceso activo que como tal se diferencia del mero recuerdo. En este sentido la tradición es en gran parte el medio para organizar la memoria colectiva. (Giddens, 1994, p. 62-63).

La tradición conlleva una serie de rituales, que en gran medida son interpretados desde el punto de vista del individuo. A diferencia de los “sistemas de expertos” de la sociedad moderna, para los “guardianes de la tradición” el *status* es más importante que la competencia, todas

las tradiciones tienen un contenido normativo moral que prescribe tanto lo que se hace como lo que debe hacerse en la sociedad. (Giddens, 1994, pp. 64-65).

Sin embargo, a pesar de las varias conceptualizaciones que la sociología ha hecho sobre el tema, todavía continúa sin resolverse lo que se entiende por “sociedad tradicional” y también la medida en que se han “des-tradicionalizado” las sociedades modernas. (Giddens, 1994, p. 65-66).

Para responder a estas inquietudes, Giddens vincula el orden psicológico y sociológico de la tradición y con tal motivo, recurre a las ideas de Freud y de Weber. Del primer autor, rescata las teorías de la neurosis y de la compulsión, del segundo, el análisis obsesivo que realiza de la modernidad y en particular de la discusión weberiana en torno al ascetismo protestante y la represión psicológica. (Giddens, 1994, p. 69,70).⁴

Como sucede en el pensamiento de Max Weber, en sus concepciones sobre sociedades tradicionales y modernas Giddens da un gran atención en la configuración del “aparato de mando” y el papel de los dirigentes y funcionarios. La sociedad tradicional tiene un sistema de “guardianes” en la cual el guía (*master*) se designa por reglas tradicionales y los dominados obedecen siguiendo un régimen de confianza que reside en lealtades personales.

Al respecto, conviene recordar que en su teoría de la dominación, Weber sostiene que la estructura estatal-patrimonial de carácter tradicional está constituida por “favoritos del príncipe” y se sustenta en un tipo de legitimidad que apela a la veneración por la tradición a la persona del señor. A diferencia de la burocracia moderna, que apela a normas racionales, en el patrimonialismo los motivos de la acción y los fundamentos del poder se sostienen en la piedad y en una sumisión de carácter personal. En términos de la aplicación de Derecho, no existe objetividad ni generalidad en la aplicación de las normas y prevalece el favoritismo, la arbitrariedad, y un cosmos de privilegios y obligaciones subjetivas. (Weber, 1974; Zabudovsky, 1993).

⁴ Como se sabe, el trabajo de Weber trata de forma explícita la transición de la tradición a la modernidad y el “tradicionalismo económico” que desde su perspectiva, caracteriza la actividad económica en las sociedades premodernas. (Véase Weber, 1981 Zabudovsky, 1995).

En las sociedades tradicionales, las actividades del centro político nunca penetraban por completo a las de las comunidades locales agrarias y las tradiciones expresaban el dualismo de ser sociedades fragmentadas.

Las “grandes tradiciones” residían en la racionalización de las religiones lo que a su vez dependía de la interpretación de las escrituras (Weber, 1978). En este sentido, Giddens afirma que se trataba de “tradiciones monumentales”. Sin embargo, las comunidades locales respondían fundamentalmente a una cultura oral, que se nutría de tradiciones variadas y una gran parte del contenido de la tradición respondía a la comunidad local. Estas tradiciones locales estaban a menudo influidas por los “guardianes” de las religiones como los “*officials*” o los sacerdotes. (Giddens, 1994, p. 92).

Como resultado de la asociación entre el capitalismo y el Estado-nación, las sociedades modernas se diferenciaron de las formas anteriores de civilización. Tanto el Estado-nación como el capitalismo operaron como “contenedores de poder”, y se alcanzó una nueva relación entre el tiempo y el espacio. El sistema de poder del Estado moderno en su primera época –o en sus fases iniciales– continúa presuponiendo la segmentación de la comunidad local. Únicamente con la consolidación del Estado-nación y la generalización de la democracia en los siglos XIX y XX, comienza a aminorarse la importancia de las comunidades locales. Así, el tiempo en el cual se aceleró el desarrollo del Estado-nación coincidió con el periodo en el cual la población general se integró en sistemas que trascendían su comunidad local. Los procesos sociales y los contextos en los que se lleva a cabo la acción se desarrollan en un marco de creciente diferenciación espacio-temporal y donde la “institucionalidad reflexiva” se convierte en el principal enemigo de la tradición. (Giddens, 1994, pp. 92- 93).

En la sociedad desarrollada, hemos podido observar cómo se han destruido las comunidades locales y muchas tradiciones que existían en la fase de la primera modernidad han sucumbido. Sin embargo, Giddens señala que la desaparición de la comunidad local no conlleva a la desaparición de la vida y de las prácticas locales.

La relación entre tradición y modernidad está lejos de ser unilineal y constituye un proceso complejo que en ocasiones el pensamiento sociológico ha simplificado. Durante la primera fase de la modernidad, las principales instituciones modernas crearon “nuevas tradiciones” a

la vez que retomaban y reinventaban las tradiciones preexistentes. Esta fase concluye con la ya mencionada emergencia de la modernidad radicalizada o modernización reflexiva. La nueva etapa se caracteriza por un proceso de globalización que lejos de presentarse como un fenómeno externo, afecta nuestras relaciones interpersonales y los aspectos más íntimos de nuestra vida y altera de forma dramática el balance entre la tradición y la modernidad. (Giddens, 1994, p. 93-94).

Como lo han señalado algunos autores, para desarrollar un “verdadero enfoque global”, las ciencias sociales deben ser capaces de mantener el equilibrio en relación con el estudio de diversas culturas y civilizaciones, rebasando el eurocentrismo de perspectivas de quienes consideraban al Estado-nación como su unidad básica de análisis y para los cuales la concepción de “historia mundial” había sido en gran medida la “historia de Occidente” (Zabludovsky, 1996-2). La sociedad global ya no puede presentarse en calidad de predominio de la sociedad occidental, como se hacía en las primeras fases de la modernidad.⁵

La sociedad *postradicional* es la primera sociedad global donde se produce una confluencia cosmopolita de la naturaleza humana. Se trata de un mundo en el cual las tradiciones pre-existentes no pueden abolir el contacto con los otros de tal forma que se nos presentan muchos modos de vida alternativos. Lejos de desaparecer, las tradiciones florecen desde múltiples puntos de vista y logran su defensa y articulación discursiva en un mundo de valores competitivos y plurales. (Giddens, 1994, pp. 96-100).⁶

Sin embargo, conviene tener presente que esta noción de pluralidad ha generado a la vez inquietudes que señalan que ésta puede llevar a un relativismo cultural donde todas las posiciones sean éticamente válidas. De allí la importancia de rescatar los elementos normativos de las ciencias sociales y la controversia en torno a la existencia o no de contenidos éticos de validez universal en el ejercicio de nuestras disciplinas. En este sentido, rescatando el pensamiento de Horkheimer,

⁵ Uno de los debates que quizá es de los más ricos dentro de los que adoptan esta perspectiva, es el que llevan a cabo los historiadores en torno a la definición de distintas concepciones sobre la “historia universal”, “historia internacional” e “historia global”. Véase Zabludovsky, 1996.

⁶ Como señala García Canclini, “muchas de las grandes construcciones musicales- el jazz, la salsa, la ópera, el tango- son resultados de fusiones multiculturales y de mezclas de lo tradicional y lo moderno” (García Canclini, 1993, pp. 264- 265).

y particularmente las críticas que el autor hacía a Weber, (Véase Zabudovsky, 1995, 1996-3), Dubiel destaca la tensión existente entre el rechazo explícito de fundamentos normativos y el anclaje implícito que conllevan. Quizá como Giddens también señala, la única posibilidad de hacer frente a este problema consistiría en hacer explícitos los fundamentos normativos anclados en la tradición.

Así, entre las varias cuestiones que se abren a la sociología contemporánea, está la necesidad de reflexionar en torno a las exigencias de las sociedades multiculturales, características de la globalización frente a los fundamentos normativos susceptibles de ser aceptados universalmente. Por su propia naturaleza y alcances, estos problemas tendrían que ser objeto de un debate pormenorizado que rebasa los objetivos del presente artículo pero que entre otros tópicos abordados en el mismo, constituye un asunto fundamental dentro de la agenda de las ciencias sociales contemporáneas.

Poscriptum: la “modernidad” radicalizada y la fragilidad de los “sistemas de expertos” después del 11 de septiembre

El presente artículo se terminó de escribir antes del 11 de septiembre de 2001 fecha en que se llevó a cabo un ataque terrorista sin precedente en el territorio de Estados Unidos. Este acontecimiento que cimbró profundamente nuestras conciencias ha transformado enormemente nuestra percepción sobre la realidad actual. Ante la confusión existente, la teoría tendrá que replantearse sus fundamentos anteriores y abrir nuevas líneas de análisis.

Por lo pronto, desde el pasmo e incredulidad resultado de este fenómeno, vale la pena mencionar, como resulta evidente, que todos los pronósticos sobre la “sociedad de riesgo” que han planteado autores como Beck y Giddens han sido rebasados.

Además, la percepción sobre el tiempo y el espacio en la sociedad contemporánea global también sufrió una transformación en los días posteriores a la tragedia.

Por un lado, el ataque terrorista hizo evidente la fragilidad de las fronteras y la seguridad nacional y con ellas volatilidad del espacio como límite. La velocidad de los medios de comunicación al transmitir las

conmovedoras e inverosímiles imágenes al interior de nuestro hogar, también nos crearon una sensación de trascender todo espacio establecido. Esto, como lo han señalado los autores citados en el texto, es característico de la “modernidad radicalizada”.

Sin embargo, a la par, los habitantes de este fatídico inicio de siglo también presentamos, por primera vez en mucho tiempo, un distanciamiento espacial enorme que incluso nos hizo sentir en sociedades premodernas. La incomunicación telefónica con Estados Unidos, la suspensión por varios días de los vuelos a este país, etcétera, son factores que incluso llegaron a cuestionar la posibilidad de “estar cerca” de territorios remotos. Como en las sociedades tradicionales, la distancia espacial adquirió una importancia primordial. Para los mexicanos, Estados Unidos estuvo más lejos y más cerca que nunca.

El peso de los acontecimientos también cuestiona muchas otras afirmaciones de la teoría reciente como es la confianza en los “sistemas de expertos” como fundamento esencial de la “modernidad reflexiva”. De hecho, en el país más poderoso del mundo éstos fueron incapaces de prever los acontecimientos. Esta situación involucra un sin número de subsistemas: el de los aeropuertos, los sistemas de seguridad, los de emergencia, los de expertos financieros, etcétera.

Frente a todos estos cuestionamientos, angustia la aparente imposibilidad de llegar a acuerdos normativos susceptibles de ser aceptados universalmente aún en torno a aquellos preceptos que alguna vez consideramos los más básicos y que tienen que ver con la importancia de la vida humana.

Estas son sólo algunas de las cuestiones que la teoría sociológica tendrá que plantearse en el marco del panorama aterrador de principios del siglo XXI.

Referencias

- Albrow, “Interpreting the Emergence of the Concept of Globalization”, *ponencia presentada en el Coloquio del Research Committee for the History of Sociology*, Budapest, Hungría. 1992.
- Baumersteir, R.F., *Identity: cultural change and the struggle for self*, Oxford University Pres, Oxford, 1986.
- Beck, “The Reinvention of Politics” in *Reflexive Modernization*,

- Stanford, University Press, Stanford, California, 1994.
- Benoist, J. M., 1981, "Facetas de la identidad" en Levi- Strauss, Seminario *La Identidad*, Pretel, Madrid, 1981.
 - Dubiel, Helmut, *La teoría crítica ayer y hoy*, UAM-Iztapalapa, México, 2000.
 - Fuentes, Carlos, "La situación mundial y la democracia: los problemas del nuevo orden mundial" en *Coloquio de Invierno. Los grandes cambios en nuestro tiempo: situación mundial de la democracia*, T I., Nexos, UNAM, México, 1992.
 - García Canclini, Nestor, María, Castro, "Nacionalismo y globalización: El debate multicultural (entrevista con Néstor García Canclini)", en *Sociológica*, año 8, núm. 21, UAM-Azcapotzalco, México, 1993.
 - García Castro, María, "Identidad nacional y nacionalismo" en *Sociológica*, año 8, núm. 21, UAM-Azcapotzalco, México, 1993.
 - Giddens, Anthony, *The Consequences of Modernity*, Stanford, University Press, Stanford, California, 1990.
 - ———, "Living in a Post-Traditional Society", *Reflexive Modernization*, Stanford, University Press, Stanford, California, 1994.
 - Giménez, Gilberto, "Apuntes para una teoría de la identidad nacional", en *Sociológica*, año 8, núm. 21, UAM-Azcapotzalco, México, 1993.
 - Hobsbawn, E., *Nations et nationalisme*, Gallimard, Paris, 1990.
 - Larochelle, Gilbert, "Interdependence, globalization and fragmentation" en Mlinar, *Globalization and Territorial Identities*, Avebury, Gran Bretaña, 1992.
 - Levi- Strauss, C, Seminario *La Identidad*, Pretel, Madrid, 1981.
 - Luard, Evan, *The globalization of politics, the changed focus of political action in the modern world*, Mc Millan, Londres, 1992.
 - Maffesoli, M, *Les Temps des Tribus*, Meridiens, Paris, 1988.
 - Mlinar, Adravko, *Globalization and Territorial Identities*, Introducción, Avebury, Gran Bretaña, 1992.
 - Poche, Bernard, "Identification as a Process: Territories and Organizational or a Symbolic Area", *Globalization and Territorial Identities*, Avebury, Gran Bretaña, 1992.
 - Prud'homme, J. F., "Identidad social y representación política en la obra de Pierre Bourdieu" en *Sociológica*, año 3, núm. 6, UAM-Azcapotzalco, México, 1988.
 - Salazar Sotelo, Francisco, 1993, "Nación y nacionalismo en México",

- en *Sociológica*, año 8, núm. 21, UAM-Azcapotzalco, México, 1993.
- Shils, E., *Tradition*, London, Faber.
- Stavenhagen, Rodolfo, "Conflictos étnicos y estado nacional: conclusiones de un análisis comparativo" en *Estudios Sociológicos*, vol XIX, núm 55, El Colegio de México, México, 2001.
 - Strassoldo, Raimondo, "Globalism and Localism: Theoretical reflections and Some Evidence" en Mlinar, *Globalization and Territorial Identities*, Avebury, Gran Bretaña, 1992.
 - Teune, Henrym, "Multiple Group Loyalties and the Security of Political Communities" en Mlinar, *Globalization and Territorial Identities*, Avebury, Gran Bretaña, 1992.
 - Valenzuela, Arce, José Manuel, "Las Identidades Culturales frente al TLC" en *Sociológica*, año 8, núm. 21, UAM-Azcapotzalco, México, 1993.
 - Weber, Max, *Economía y Sociedad*, FCE, México, 1974.
 - ———, *Sociología de la Religión*, La Pleyade, Argentina, 1978.
 - ———, *La Ética protestante y el Espíritu del Capitalismo*, Premia, México, 1981.
 - Williams, H. Collin, "Identity, Autonomy and the Ambiguity of Technological Development" en Mlinar, *Globalization and Territorial Identities*, Avebury, Gran Bretaña, 1992.
 - Zabludovsky, Gina, 1992, "Los retos de la sociología frente a la globalización perspectivas y problemas teóricos de hoy" en *Sociológica*, año 8, núm. 21, UAM-Azcapotzalco, México, 1992.
 - ———, *Patrimonialismo y modernización*, UNAM-FCE, México, 1993.
 - ———, *Sociología y política, el debate clásico y contemporáneo*, UNAM-Miguel Ángel Porrúa, México, 1995.
 - ———, "El término globalización", en *Relaciones Internacionales*, cuarta época, núm. 71, UNAM-FCPyS, México, 1996.
 - ———, "Legitimidad y Globalización" en *Credibilidad Política*, UNAM-Fundación Manuel Buendía, México, 1996-2.
 - ———, *La Escuela de Frankfurt y la crítica a la modernidad*, UNAM-FCPyS, México, 1996-3.